

Meyibó

Nueva Época Núm. 3

ALEJANDRO DE HUMBOLDT. VISIONES CALIFORNIANAS DE UN VIAJERO QUE NUNCA VIAJÓ A LAS CALIFORNIAS

Francisco Altable
 Profesor-Investigador,
 Universidad Autónoma de Baja California Sur

Fecha de recepción: junio de 2011
 Aceptación: junio de 2011

BREVE INTRODUCCIÓN

Las Californias son significativas dentro del discurso humboldtiano porque este concede a dicha región una estratégica centralidad operativa dentro de su propuesta de desarrollo económico para el reino de Nueva España, si no es que para el conjunto del comercio transoceánico español, incluidas Centroamérica, el Caribe y la España ibérica.

En marzo de 1803, cuando Humboldt desembarcó en Acapulco, las Californias cumplían doscientos setenta años de aparecer en las cartas geográficas de los navegantes europeos. Según se vea, poco y mucho había ocurrido en los confines noroccidentales de Nueva España desde que los expedicionarios de Cortés entraron en contacto con las tierras y aborígenes de aquella supuesta isla de las Californias. Poco para quienes, como el visitante prusiano, pensaban que el paso de los siglos no había reducido gran cosa la distancia entre aquella siempre periférica provincia y las regiones medulares de la civilización occidental. Humboldt hacía esta observación contundente no porque le constara, sino por ser hombre enterado;

de ahí que sus consideraciones fueran las de un viajero que, si bien no estuvo en la provincia de que se habla, fue constante en la adquisición de conocimientos a través de sus múltiples conversaciones con individuos experimentados en materia californiana, y de las obras escritas por legos y religiosos durante las tres centurias anteriores.¹ Lo aprendido de esta forma, pasado por el filtro de sus propios conocimientos y convicciones, le sirvió para apuntalar sus propuestas progresistas a favor del alto Pacífico novohispano. Pero aquí no acudiremos al Humboldt clásico, sino al proyectista y visionario, al utopista de la economía californiana, que, por serlo, lo fue asimismo de una entidad mayor: la de la Nueva España en su relación con el mundo ibérico, antillano y centroamericano.

El bagaje californiano de Humboldt constituye, a la luz de su formación erudita, un mosaico multidisciplinario que abraza una visión de Estado sobre la problemática regional. Cuando se leen las páginas californianas de su *Ensayo*² se descubre al historiador, al etnólogo, al geógrafo, al lingüista, al cartógrafo, al naturalista, al político, al economista y, en fin, al sujeto curioso que cuenta con una explicación sustentada y una solución científica para cuestiones tan dispares como —a propósito del septentrión novohispano— la canalización interoceánica del continente, la reversión de las enfermedades mortales entre los indios o la aplicación de nueva tecnología en la extracción de perlas.

¹ Jaime Labastida dice que "Humboldt mismo tenía en gran aprecio la obra de Clavijero y procuró leer, antes de escribir las 'memorias' que aparecen en Vistas de las Cordilleras, lo mismo a los cronistas de las Indias, que al conquistador anónimo: Cortés, Bernal Díaz, De Acosta, Torquemada, Herrera", y que "consultó cuanto códice tuvo a mano, revolvió bibliotecas, leyó manuscritos", lo que ha de aplicarse también al caso de las Californias. Ver *Humboldt, ciudadano universal*, México, Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional, Siglo XXI, 1999, pp. 129-130.

² Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, (colección "Sepan Cuantos..." núm. 39) 2004.

Pero su discurso no se restringe a lo académico; subyacen una concepción geopolítica y una intención persuasiva que buscaba convencer a los altos mandatarios de variar las acciones de gobierno y dar paso a las reflexiones del estadista, y por ello se entendía todo aquello que rindiese ganancias a la inversión y al fisco del país que supiera abrirse a los consejos de la ciencia.

Los contenidos de su exposición acerca de las Californias, que son en buena parte los contenidos del presente trabajo, avalan la añeja idea de que el virreinato abundaba en recursos vivos e inertes, tantos, que podían convertirle en una potencia planetaria, siempre y cuando los "españoles mexicanos" se allegasen la voluntad de voltear a los océanos circundantes y a las tierras costaneras, que, en su concepto, eran y serían en lo venidero las principales fuentes del progreso novohispano. En su idealización concibió a las Californias como un lugar de promisión, dada la importancia que le concedían su localización marítima respecto de las codiciadas plazas comerciales del oriente asiático, la feracidad de los suelos altacalifornianos y el tráfico de mamíferos, perlas y otros frutos marinos, lo que previsiblemente hacía de ellas un espacio de riqueza latente.

El pensamiento progresista de este aristócrata trotamundos será, al fin de cuentas, reflejo de la utopía todavía tierna del naciente capitalismo industrial con su lobezno hambriento de ventas y utilidades, que se presentaba como un cuerno de la abundancia, capaz de universalizar el bienestar de las naciones y los individuos. Por obvias razones, parece admisible creer que la figura del Humboldt utopista cristaliza en los registros biográficos a partir de mediados del siglo XIX, cuando las adversidades de la realidad social y las circunstancias históricas empiezan a colocar en el casillero de lo irrealizable mucho de su visión de las cosas. Fue por entonces que sus optimistas proposiciones para la última frontera del noroeste novohispano quedaron inscritas en un capítulo del idealismo ilustrado y

transferidas del cajón de las quimeras hispano-mexicanas a la incontenible corriente del expansionismo estadounidense.

No suele asociarse el paso de Humboldt por la Nueva España con las Californias, tan a trasmano de todo; de ahí la pertinencia historiográfica de asociarlos, ya que puede verse en Humboldt al continuador de algo que se nos presenta como un proceso mítico, esto es, el territorio californiano como el eterno proyecto de la Nueva España noroccidental, en el que caben los ensueños de tantos exploradores del siglo XVI, la ilusión mariana de los jesuitas, la utopía borbónica de José de Gálvez, hasta llegar a las visiones oceánicas del ensayo humboldtiano. Esta historia podría comenzar, pues, con los más lejanos mitos de la España californiana.

EL DORADO NOVOHISPANO

Alejandro de Humboldt conoció las Californias de oídas y leídas. De su *Ensayo* se infiere que viajó hasta ellas a bordo de las crónicas de misioneros y embarcado en las conversaciones que mantuvo con algunos frailes franciscanos y dominicos que habían pasado años entre los indios de aquella remotísima frontera. También navegó frente a sus costas y se internó en la tierra a través de los mapas e informes de antiguos y modernos exploradores. De este modo quiso forjarse una idea propia de la problemática regional y empalmarla con una prescripción general del rumbo que debía seguir la Nueva España en su camino hacia la modernidad económica, hacia la prosperidad social y hacia la preeminencia política, que eran la modernidad, la prosperidad y la supremacía vistas desde la óptica del pensamiento ilustrado por cuanto tiene que ver con las tendencias del capitalismo industrial, del liberalismo político y del racionalismo científico aplicado a la generación de riqueza material.

Lo primero que dirá es que el aislamiento geográfico respecto de los grandes centros de la civilización occidental había contribuido significativamente al atraso en todos sentidos de la provincia californiana, y que el fruto de la lejanía había sido la mitificación de su opulencia a través de un discurso fantástico y empecinado en la existencia de perlas y minerales preciosos. Escribirá, abusando de las palabras, que la península había sido *El Dorado* de la Nueva España durante mucho tiempo, un lugar misterioso que, si atesoraba perlas, debía de abundar también, "según la lógica del pueblo", en oro, diamantes y otras piedras preciosas".³ Lo que Humboldt quería subrayar es que tan remota y desconocida tierra avivaba la imaginación de los navegantes hasta el punto de creer y hacer creer a oídos crédulos sus fabulosas historias de reinos exóticos y deslumbrantes; de regiones ubérrimas y subsuelos fecundos para hacer de cualquier hombre un potentado y de cualquier nación una potencia. Para ello, volverá a las ensoñaciones oceánicas de Cortés y al trillado mito de la Cíbola y la Quivira norteamericanas, ello para advertir sobre los espejismos de un país maravilloso, hecho del oro y de las perlas que abundaban en ese Reino de las Amazonas, con que, se ha dicho, llenaron de humo sus cabezas los hombres del conquistador.⁴

A decir de muchos, el mito de la isla amazónica podía estar rebasado por su propia falsedad, pero no así el que en sus aguas hubiese profusión de madreperlas. En la práctica, no obstante, la ficción superó muchas veces a la realidad, pues las pesquerías de moluscos preciosos fueron menos copiosas

³ Humboldt, *Ensayo*, 2004, p. 199.

⁴ José Luis Martínez, *Documentos cortesianos*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 1990, citado en Julio César Montané y Carlos Lazcano Sahagún, *El descubrimiento de California. Las expediciones de Becerra y Grijalva a la Mar del Sur, 1533-1534*, Ensenada, Fundación Barca, Lecturas Californianas, Museo de Historia de Ensenada, 2003, pp. 15-28.

de lo que comúnmente se cree y contribuyeron poco a la colonización de la California peninsular, bien que mucho a la cartografía de su litoral.

No hay certeza de que las capturas hayan sido formidables de manera constante, y sí de que entraron en declive durante el siglo XVIII. Sin embargo, a pesar de esta aparente disminución, cobró renovadas fuerzas el mito de la abundancia perlífera, en buena parte gracias a los vientos nuevos que trajo el reformismo de José de Gálvez, quien, convencido de que solamente hacían falta medidas de fomento y una estrecha fiscalización, dio ciego crédito a las opiniones alegres, como la del mulato Blas de los Reyes, vecino de Guadalajara, que tenía vistos, eso dijo, los "innumerables" ostrales que se extendían como un "continuo y dilatado placer".⁵ Las comunicaciones que recibió el visitador de sus colaboradores y subordinados también alentaron esa seguridad suya. Fue así cómo se enteró de que estaban "casi sin tentar" varios de los placeres cercanos a la bahía de La Paz.⁶ No se negaba la decadencia del ramo, pero persistía la presunción de que lo mejor estaba por venir.

También compartió el reformador malagueño la desmesurada idea de que el territorio californiano entero atesoraba grandes acumulaciones de metales preciosos y confió plenamente en las prospecciones hechas por el reconocido mineralogista Joaquín Velázquez de León, cuyos sondeos anticipaban la existencia de yacimientos considerablemente ricos en las inmediaciones del real de Santa Ana, primer asentamiento

⁵ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), testimonio de los autos formados por el muy ilustre señor don Francisco de Aisa, marqués del Castillo de Aysa [...], sobre los puertos de la California y demás parajes de pesquería de perlas, abrigo de embarcaciones [...], año de 1742, Provincias Internas, vol. 87, exp. 8, f. 176.

⁶ AGN, informe del estado de la minería en el Departamento del Sur, real de Santa Ana, 16 de noviembre de 1767, Californias, vol. 36, exp. 5, f. 74.

minero y civil de la Antigua California. Tal era la credulidad y el interés de Gálvez, que Juan Manuel de Viniegra, su secretario, llegó a hacer el mordaz señalamiento de que su jefe había prometido "los manantiales de oro y plata de la península" a quienes quisieran establecerse en ella.⁷ El mito de la isla de oro y perlas no había muerto del todo.

No está de más decir que el prominente funcionario también engrandeció las posibilidades agropecuarias del sur peninsular. El suelo, aunque "arenoso", le pareció "de los más fértiles y fecundos", las lluvias nada escasas y las condiciones para la cría de ganados "inmejorables". Así que, por lo que se había visto de las Californias, falsos eran los dichos sobre su esterilidad y promisorios sus suelos y subsuelos.

Es comprensible que Gálvez, porque así se lo exigía su investidura de reformador, creyera en la necesidad de revalidar la percepción de un noroeste pletórico de riqueza, Cualesquiera que hayan sido las razones para ello, el punto es que recobró fuerza ese secular convencimiento de que las Californias podían llegar a ser, como en su momento escribiera el poderoso visitante, una provincia "feliz" y "opulenta". ¿Cómo explicarse, sino como producto combinado de la imaginación y del interés político, el que Gálvez se atreviese a declarar, sin tener la más mínima prueba física, que la península, desde el cabo de San Lucas hasta la desembocadura del Río Colorado, estaba llena de minerales de oro y plata? Es creíble que, en su mente, un discurso moderado difícilmente habría llamado al interés de los particulares y a la acción decidida de la monarquía para respaldar sus disposiciones. Así, la exageración era una forma de hacer atractivo lo que, de otro modo, no lo hubiera sido tanto. He ahí una función trascendental del mito y de la

⁷ Ignacio del Río, "Los sueños californianos de José de Gálvez", en *El noroeste del México colonial. Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa y Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 177.

teatralidad: convertirse en estímulo potente para la conquista y el poblamiento.

Ahora bien, junto a las descripciones fantásticas y tendenciosas siempre hubo otras que pusieron en tela de juicio las "maravillas" californianas. Merece ponerse atención a esto porque el propio científico alemán asumió una posición crítica respecto de las añosas expectativas en torno al potencial agropecuario y minero sudcaliforniano, y de lo que había significado para la región el proyecto galvecino. Quienes han profundizado en el estudio del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* y, en general, de la obra humboldtiana, coinciden en que las opiniones y dictámenes del sabio berlinés respondían en lo fundamental a una concepción científica de los problemas económicos y sociales. En todo caso, entendemos que era la fe en las virtudes de la ciencia lo que guiaba sus intereses políticos, y no al revés. Luego, admitiremos que por encima de todo el barón fue un hombre sinceramente apegado a sus propias concepciones universales acerca del mundo y de las sociedades, leal a su convicción de que el progreso de la humanidad era asequible si los poderes que rigen a las naciones se ajustaban a la lógica de la naturaleza y a la razón innovadora de la mente humana. Por eso es que llama "disparatadas" a las soluciones que planteó Gálvez, en tanto que no existía, según él, ninguna conexión saludable entre ellas y la inteligencia natural del medio físico. Expuesto de otra forma, para Humboldt el error del ex visitador fue tratar de imponer sus propios deseos a la naturaleza californiana, en lugar de comprender sus atributos y, desde ahí, inferir las posibles soluciones. En la mente de este noble prusiano, pues, prevalecía la idea de que Gálvez representaba la permanencia de un mito que ya debía morir.

Si bien las fábulas más antiguas se desvanecieron a medida que fue conociéndose la dura realidad de la península, subsistió la creencia en su potencial minero y perlífero, mezclada

con antiguas ficciones geográficas, ligadas a la pretensión de llegar por occidente a los deseados mercados asiáticos, lo que mantuvo vivo el interés por el alto Pacífico novohispano, incluso más allá del tiempo en que Humboldt pasó por Nueva España.⁸ La fantasía, de hecho, pudo adaptarse a las frustraciones y desengaños de tres siglos. No obstante, aquí atenderemos al discurso crítico que cuestionó la retórica borbónica de las riquezas peninsulares, aquella que, a juicio del investigador alemán, no constituía sino una apreciación equivocada del potencial económico de la región.

Algo en lo que no se diferenciaba Humboldt de Gálvez, ni de la mayor parte de los reformadores e intelectuales de la época, era en la presunción, hasta cierto punto maquinal, de que los recursos de la naturaleza estaban ahí para ser aprovechados en beneficio de los individuos y de las naciones. Era difícil que hubiese sido de otro modo en una época todavía ajena a las grandes preocupaciones de corte ambientalista. Las bondades naturales de las lejanas Californias no parecían tener otro fin que el de enriquecer a las sociedades, a las empresas y a los fiscos. Estamos ante un hecho atribuible al desarrollo de la economía burguesa de la primera etapa del capitalismo industrial, que cosificó los contenidos de los tres reinos naturales como fundamento de la producción y el gran comercio global. Antes de dicho desarrollo igualmente se pensaba en la naturaleza como una cosa a disposición, pero ahora, y eso es algo de lo que parece participar Humboldt, la idea de la libre disponibilidad se liga al crecimiento constante de los mercados y a la importancia de saciarlos en pos de la riqueza material y del poder hegemónico.

⁸Entre las investigaciones de compilación documental y narrativa historiográfica que hay sobre la etapa de las exploraciones en las Californias se halla el trabajo de Ignacio del Río titulado *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, La Paz, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985. Para el tema que tratamos en este primer apartado, conviene leer las páginas 19-65.

El de Humboldt no fue un dictamen en contra de Gálvez. Lo que quiso demostrar fue que el proyecto galvecino estaba mal fundamentado: primero, porque predecía un auge minero que era imposible por la escasez de buenas vetas y leyes experimentada hasta entonces; segundo, porque promovía la privatización de las tierras misionales en la falsa creencia de que así podría abatirse la aridez; y tercero, porque veía con optimismo la prosperidad de la pesca perlera, aun cuando las condiciones tecnológicas en que se hacía reprodujeran la decadencia en que se encontraba. Su crítica era un llamado a repensar la conveniencia de unas u otras actividades productivas dentro de un proyecto que tuviera en cuenta la viabilidad del aprovechamiento de los recursos naturales en cantidad suficiente para estimular el poblamiento de la región e integrarla tanto a la economía novohispana como al comercio internacional. Entonces, convendrá preguntarnos en qué se basaba Humboldt para establecer la falsedad de lo que le parecía un montón de afirmaciones decrepitas.

No son raros los testimonios de esos años que hablen acerca del profundo bache en que había caído el negocio de las perlas. Se barajaban ciertas hipótesis en torno a la decadencia perlera: la que ponía el centro de la explicación en los sorprendentes ataques de indios gentiles de que presuntamente eran víctimas los armadores en las áreas de pesca;⁹ la que lo hacía en la ocultación fiscal de los granos de perla y la que proponía la afectación biológica de los ostrales a causa de la sobreexplotación habida durante tres siglos. Jesuitas cronistas de la Antigua California, entre ellos, el misionero Miguel del Barco, ponían el acento explicativo en estos dos últimos factores.¹⁰ El gobernador Felipe

⁹ Los informes más conocidos son los del expediente *Testimonio de los autos formados...*, f. 161-195.

¹⁰ Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, edición, estudio preliminar y notas de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988, pp. 140-143.

Neve sostenía que los placeres se hallaban muy alejados de cualquier asentamiento español y escasos de madreperla, por lo que era muy corto el número de armadores que se aventuraban a venir desde Sonora y Sinaloa.¹¹ Veinte años después, otro gobernador corroboraría el dicho de Neve al exponer que las pocas ganancias de los empresarios armadores y las grandes dificultades de abasto y buzos con que se encontraban en la península les hacían desistir de organizar expediciones pesqueras.¹² En 1801, tan sólo dos años antes de la visita de Humboldt, el sucesor en el gobierno de las Californias dio cuenta al virrey de que apenas venía cada año "una que otra" armada sonorensis y que el ramo no mostraba signos ni daba "mayores esperanzas de mejorar".¹³ El declive de la pesca de perlas era evidente y nadie o casi nadie podía creer en la vieja excusa de que los culpables de ello habían sido los ignacianos, como lo había asegurado Gálvez.

Para cierto número de personas—Humboldt, una de ellas—la actividad perlera estaba dejando atrás su etapa primigenia y los informes de los gobernadores no hacían sino exhibir los estertores de ese ámbito económico-hacendístico y la resistencia o desinterés de autoridades y empresarios en refrescar los métodos de captura, lo que supone una preocupación distinta a la biológica, incluso para el propio científico alemán, cuyas apreciaciones fueron más de orden técnico. El caso fue que las raquíticas pescas causaban gastos de producción demasiado altos en relación con los bajos rendimientos, o bien que la enorme evasión reducía notablemente las entradas fiscales,

¹¹ AGN, Neve a Bucareli, Loreto, 30 de diciembre de 1775, *Californias*, vol. 72, exp. 31, f. 302.304.

¹² AGN, Borica al marqués de Branciforte, Monterrey, 1 de marzo de 1796, en *Expediente sobre el ramo de perlas y su administración en la habilitación de Loreto*, año de 1794, *Californias*, vol. 41, exp. 6, f. 282.

¹³ AGN, Informe de José Joaquín de Arrillaga, Loreto, 5 de mayo de 1801, *Californias* vol. 29, exp. 3, f. 411.

o ambas cosas. Tal vez ocurría lo que según el padre Miguel del Barco había ocurrido de los años cuarenta hacia atrás, cuando, con todo y que cruzaron el golfo varios veleros en cada temporada, “los armadores más bien librados apenas sacaban los costos con una moderada ganancia, otros ni aun ésa, y algunos ni aun los costos”.¹⁴

Poco más ocurría con las minas de plata. Hay dificultad para establecer la curva de la producción californiana en el periodo colonial, pero aun así puede afirmarse que el promedio favorece a los años posteriores a la visita de Gálvez, lo que podría tomarse como un efecto positivo de las medidas interventoras y subsidiarias del reformismo borbónico. A pesar de sus fluctuaciones periódicas, y sin alcanzar los espectaculares índices de otros complejos novohispanos, la minería sudcaliforniana fue lo suficientemente consistente como para ejercer su influencia dinámica en las actividades agropecuarias del sur peninsular, antes de caer en su prolongado letargo decimonónico. Dicho así, ha de admitirse un cierto grado de éxito en la pretensión oficial de convertir a la minería en una actividad promotora de sí misma y de otros ámbitos de la economía regional. Sin embargo, en el conjunto de la economía novohispana y en el total de los ingresos fiscales de la hacienda central el producto de las minas peninsulares resultaba prácticamente imperceptible, alrededor de un 0.20 por ciento, según se desprende de los cómputos realizados por Bernd Hausberger.¹⁵ En la Baja California no ocurría lo que en otras comarcas mineras de Nueva España, donde, de acuerdo con Humboldt, las vetas se hallaban cerca de “valles amenos para la agricultura y ganadería y a alturas templadas, aunque

¹⁴ Del Barco, *Historia*, 1989, p. 141.

¹⁵ Bernd Hausberger, *La Nueva España y sus metales preciosos. La industria minera colonial a través de los libros de cargo y data de la Real Hacienda, 1761-1767*, Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 1997, pp. 163-220.

todas compartían la desventaja de la escasez de agua y la falta de ríos navegables.¹⁶

Así las cosas, como medidas de fomento, el intervencionismo y las subvenciones acaso sirvieron mejor a los pequeños intereses de la economía local que a los del real erario. La industria minera californiana coadyuvó al desenvolvimiento de la economía provincial, pero comparativamente aportó muy poca plata a las arcas del rey. De ahí que Humboldt ignore o desatienda su importancia local y la considere pequeña y fracasada por su incapacidad para constituirse en un desencadenante de la población y de la economía regional, como había soñado Gálvez.

No dejaremos de mencionar que los “amenísimos campos” de que habla el visitador en uno de sus informes, tan útiles para las labores mineras, sólo son para el viajero prusiano espejismos de una imaginación imposible. La península de California y la parte norte de Sonora, escribe, estaban impedidas de mantener una “población crecida” y de cultivar intensivamente sus suelos porque a eso las constreñía su sequedad.¹⁷

Por los años de la visita de Humboldt, al igual que en la época dorada de Gálvez, hubo quienes calificaron de utópicos los llanos fértiles, los mares de perlas y los montes de plata del proyecto borbónico californiano, tan vulnerable al toque de la razón y al paso del tiempo, según se decía, que acabó hundiéndose en su propia inmaterialidad, lo mismo que el reino amazónico del siglo XVI. Para el prusiano, la utopía galvecina había dado continuidad a los más antiguos mitos y ya era hora de decirles adiós en definitiva, de sustituir esas “visiones quiméricas” por aspiraciones ajustadas a la “verdad científica” y a la “realidad” de la naturaleza regional, es decir, había que voltear al verdor altacaliforniano, al golfo y océano circundantes y a las tecnologías aplicables.

¹⁶ Humboldt, *Ensayo*, 2004, p. 26.

¹⁷ *Ibid.*, p. 192.

EL EDÉN CALIFORNIANO

Por lo que al campo californiano se refiere, el concepto dominante en el *Ensayo* es el de la feracidad de las tierras bajas. Los españoles de México, dice Humboldt, se equivocaron al concentrarse en el altiplano y subestimar los beneficios de vivir en las franjas costeras del virreinato, pues, en su opinión, estas y los mares adyacentes eran las mayores fuentes de riqueza económica con que contaba Nueva España.¹⁸ Decía que la abundancia del reino estaba siendo desaprovechada en beneficio del extranjero, pues para nadie era un secreto que los Estados Unidos avanzaban hacia el occidente desde sus territorios atlánticos y que su meta última, entre otras cosas, era tomar la ventaja comercial en aguas del Pacífico norteamericano, ni que los súbditos de la corona rusa cazaban mamíferos marinos entre Alaska y la bahía de San Francisco. Obsérvese que los dos ejemplos que da tocan de cerca a los intereses de España en la región noroccidental de sus dominios americanos, esto es, en la región de las Californias. De ahí, justamente, su importancia geopolítica.

Y de ahí también la hipótesis de que los rusos adelantaban más que los altacalifornianos porque aquellos eran hombres rudos acostumbrados a batallar con las inclemencias de la América boreal, mientras que los segundos hacían sus vidas en suelo "templado y fértil". Luego, según el sabio de Alemania, la monarquía española enfrentaba el reto de lograr que los californianos se sacudieran la "dulce apatía de su existencia" y se aventuraran en los mares y tierras del más alto Pacífico americano, pues allí había incalculables recursos para el comercio internacional, de lo que el negocio de las pieles silvestres podría ser apenas la punta del témpano.¹⁹ Pero habrá que tomar en

¹⁸ *Ibid.*, pp. 24-25.

¹⁹ *Ibid.*, p. 221.

cuenta que el obstáculo mayor, a su parecer, estaba en la ignorancia generalizada, lo que en su vocabulario significaba falta de conocimiento científico acerca de la constitución natural del territorio novohispano, cuyos tesoros, decía él, quedaban ocultos a los ojos de empresarios y gobiernos al no haber un ejercicio sistemático de estadística y planeación político-económica, y al escasear los estudios técnicos necesarios sobre aguas, suelos y subsuelos a lo largo y ancho del reino.²⁰

Hay que aclarar también que, en la retórica crítica de Humboldt, "ignorante" no significaba bárbaro o estúpido, ni era un término que definiera a los españoles mexicanos en su totalidad. El espíritu ilustrado había germinado en Nueva España, incluso en lugares tan apartados como las Californias, hasta donde, escribe, habían llegado los "principios de la nueva química", pues había allí "jóvenes mexicanos" que razonaban sobre la descomposición del agua por efecto de la amalgamación al aire libre.²¹ Puede leerse esto como una forma de decir que los novohispanos —en este caso los novohispanos californianos— tenían la capacidad de comprender la lógica del discurso científico en función de sus intereses y de su progreso económico, de manera tal que no habría razón para pensar en una posible cerrazón a los adelantos y nuevos métodos destinados a un aprovechamiento más eficiente y lucrativo de los recursos oceánicos y costeros.

Su convicción en que la actividad agrícola constituía la "verdadera riqueza de los pueblos" está presente cuando apunta que las Provincias Internas del norte de Nueva España habían aumentado su población con la paulatina llegada de agricultores. Se entiende que otras actividades económicas son benéficas, pero la agricultura aparece aquí como la única que

²⁰ *Ibid.*, pp. 35-38.

²¹ *Ibid.*, p. 81.

garantiza el poblamiento de la tierra.²² Hay que tener esto en cuenta porque ahí está la causa de que le haya parecido determinante la relativa esterilidad de la California baja y la fecundidad de la alta.

Ahora bien, cuando el prusiano habla de una Alta California rica en extensiones cultivables no piensa sólo en la colonización agrícola como fundamento suficiente, sino como basamento indispensable para la obtención de los recursos marinos y costeros y para la inserción del territorio en las rutas "prósperas" del comercio transoceánico. El concepto es bastante más claro respecto de la Baja California, a la que niega toda posibilidad de progreso que no sea con base en sus recursos marinos, principalmente perlas y grasa de cetáceos, que estaban en la lista de las producciones apetecidas por los mercados internacionales. La pobreza agrícola, pues, no le parecía tan determinante como para negar que la península tuviera una alternativa económica.²³

En suma, establece una nítida relación entre las virtudes físicas de las tierras bajas y los productos agrícolas de alto valor en el comercio ultramarino. Viene en ayuda de sus ideas el hecho de que la población de la Alta California se había duplicado en el transcurso de tres décadas, según los registros parroquiales que consultó, y que era cosa probada "el acrecentamiento de la industria y la prosperidad" de que disfrutaba su agricultura y ganadería.²⁴

El concepto de las *tierras bajas* se combinaba con el ensalzamiento del sistema misional para alimentar la idea de que la fertilidad y la formación de agricultores en las misiones serían ambas condicionantes del progreso agrícola regional, lo que echaría los cimientos para la ulterior privatización de las

²² *Ibid.*, p. 37.

²³ *Ibid.*, p. 27.

²⁴ *Ibid.*, pp. 203-205.

tierras agrícolas y ganaderas, el consecuente aumento de los índices poblacionales, de la industria y del comercio regionales. El futuro poblamiento y la fuerza económica de las Californias —de la Alta California, en particular— se hallaba latente en la expansión de la agricultura misional. Habrá que decir que nada nuevo decía en este aspecto por cuanto tiene que ver con las proyecciones económicas en torno a las Californias, pues era esta una secuencia de ideas que venía del pasado.

La experiencia sensible mostraba que, en efecto, la California del norte era fértil y capaz de producir buenas cosechas de productos valiosos en el mercado y en la industria manufacturera, como el lino y el cáñamo. Esto era así desde antes de que el franciscano Juan Crespi escribiera su conocido diario de viaje durante el trayecto que hizo entre San Diego y la bahía de Monterrey,²⁵ cuyas descripciones acerca del escenario aparecían de lo más edénicas y prometedoras. Da cuenta ahí de las "inmejorables proporciones" que mostraba la región para formar "populosos pueblos de misión" con muchas aguas y tierras cultivables, acompañadas de "innumerables" caseríos de indios "dóciles y mansísimos". El territorio todo verdeaba de pastizales y arboledas de alisos, álamos, robles, encinos y sauzales. En todos lados salían al camino pozas y cauces de agua "dulcísima", parras silvestres, zarzas grandes, fresales y aromáticos "jardines de rosas de Castilla". De las playas, a cada paso, les llegaban indios sonrientes a regalar toda clase de peces. En las lomas y vallecillos pacían huidizos venados y berrendos, acechados por pumas, linceos, osos y lobos. El fraile no lo dice en su diario, pero la comparación estará presente en las cartas y en los informes: cuanto más verde lucía la California nueva, tanto más árida se recordaba a la

²⁵ Véase Fray Francisco Palou, *Recopilación de noticias de la Antigua y de la Nueva California (1767-1783)*, tomo I, México, ed. José Luis Soto Pérez, 1998, pp. 519-552.